

Entre el mito y la historia Una reflexión sobre la violencia en la novela *Leopardo al sol* de Laura Restrepo

Elicenia Ramírez Vásquez*

Universidad del Valle

Recibido: 18 de octubre de 2007. Aceptado: 15 de noviembre de 2007 (Eds.)

Resumen: A partir del reconocimiento de la presencia del mito en la novela *Leopardo al Sol*, se presenta un rastreo de las formas simbólicas que la escritora bogotana Laura Restrepo construye, para hacer una reflexión sociocultural sobre el fenómeno de la violencia y más exactamente del narcotráfico en Colombia, durante la época de la transición de bonanza marimbera a la cocaína, entre 1960 y 1980.

Descriptor: Mito, mitema, metáfora, historia, violencia, narcotráfico

Abstract: Starting from the recognition of the presence of myth in the novel *Leopardo al sol*, this article searches the symbolic ways the writer Laura Restrepo builds up to make a sociocultural reflection on the phenomenon of violence and more exactly on drug traffic in Colombia, during the time of the transition of peacefulness marimbera to the cocaine, between 1960 and 1980.

Key words: myth, history, symbolic ways, violence, drug traffic.

I

Al abordar la novela *Leopardo al Sol* (1993), de la escritora bogotana Laura Restrepo, podemos distinguir dos historias. En un primer plano tenemos la guerra entre dos clanes guajiros que tienen un mismo tronco genealógico, cultural, territorial; y en un segundo plano, como telón de fondo,

* Magister en Literatura colombiana y latinoamericana, profesora de la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. Este artículo hace parte de la investigación concluida *La epopeya de los parias: una lectura sociocultural de la novela Leopardo al sol de Laura Restrepo*, adscrita al grupo de investigación Narrativa Colombiana, línea Narrativa sobre la Violencia y el Narcotráfico, de la Escuela de Estudios Literarios, Universidad del Valle.

reconocemos el movimiento de las economías ilegales, del contrabando al narcotráfico y el impacto de esta nueva realidad en el imaginario social y sus formas tradicionales. La primera pertenece a una realidad atávica, tradicional, e incluso inscrita en la legitimidad del mito. La segunda se encuentra enmarcada en una realidad histórica moderna y marginal, cargada de tabú, arbitrariedad y doble moral, construida en gran parte desde la informalidad, el chisme, la leyenda y la fragmentación de la memoria colectiva.

Se trata de dos realidades que en últimas constituyen el sentido de la novela *Leopardo al sol* así como su valor literario: la historia y el mito. A partir de la forma periodística, Laura Restrepo reconstruye la realidad del contrabando y las mafias incipientes de la marihuana y la cocaína en la costa Caribe colombiana. A su vez, se introduce en las realidades culturales y en la red de imaginarios de la cosmovisión guajira, que en un principio enmarcaron el funcionamiento interno de las economías ilegales. La recopilación de anécdotas sobre la guerra entre clanes guajiros, 1970 y 1980, le permitió comprender el funcionamiento de dicha realidad sociocultural, fundamentado en códigos y elementos simbólicos que legitiman y mantienen sus realidades, dogmas y tragedias.

Gracias a esta indagación, digamos antropológica, finalmente consigue dar con el mito, el cual logra significar ese momento en la historia tanto local como colombiana, al permitirle identificar el drama principal: el quiebre progresivo e irreversible en las estructuras tradicionales y fundamentales que desataron una violencia prosaica. Por consiguiente, encontramos que la realidad del mito está por encima del devenir histórico, porque además de interpretarlo le imprime un sentido moral y trágico. En este logro estético de condensación y distanciamiento, de lectura sociocultural sobre un hecho histórico, se erige el valor literario de esta importante novela publicada en el legendario año de 1993, año en que fue asesinado el jefe del cartel del Medellín, Pablo Escobar.

A partir del reconocimiento de la presencia del mito en la novela *Leopardo al Sol*, presentaremos un rastreo de las formas simbólicas que la autora actualiza y re-crea para hacer una reflexión sociocultural sobre el fenómeno de la violencia y más exactamente del narcotráfico en Colombia, durante la época de la transición de bonanza marimbera a la cocaína, finales de la década de 1970 y principios de la década de 1990.

II

La novela *Leopardo al sol* es el resultado de una búsqueda de la verdad, búsqueda en la que se intenta comprender el movimiento perpetuo de la violencia y sus motivaciones. La reflexión estética en Laura Restrepo está determinada por esa necesidad de revelación y conocimiento. Por ello, su punto de partida es el ejercicio periodístico, el cual le permite llevar a cabo una seria y comprometida investigación que le confiere consistencia y pertinencia al acto creativo. Este ejercicio, también, le permite explorar sobre las diferentes maneras de contar, focalizar y estructurar la trama de la historia.

Junto con el periodista Fernando Álvarez, Laura Restrepo realiza para la revista *Semana* el reportaje “La maldición de una estirpe”, publicado en la edición de febrero de 1984.¹ La noticia del asesinato del ‘último varón’ del clan Cárdenas, el joven Iván Gómez Ducatd, a manos de un cabo de la policía, aparentemente comprado por el clan Valdeblánquez, se convierte en la primera motivación para introducirse en la nueva realidad impuesta por las economías ilegales, que desde los tiempos del contrabando se encontraba anclada en las leyes guajiras y asimilada por el folclor de la costa norte colombiana como una subcultura. La escandalosa guerra entre las familias guajiras Cárdenas y Valdeblánquez, ocurrida entre Santa Marta y Barranquilla (entre 1970 y 1980), le proporciona a la autora la anécdota principal en la que confluyen muchas historias similares, desde la cual crea, primero, un guión para telenovela y finalmente, por amenazas, una novela. En el reportaje los hechos no se presentan desde la orilla de los testigos y las víctimas, como si lo hace un reportaje publicado por la revista *Alternativa* en 1978 a raíz del asesinato de un joven universitario, víctima de un fuego cruzado entre ambos clanes.² En esta oportunidad los motivos y episodios de la guerra se reconstruyen desde el punto de vista de las familias implicadas. Sobre esta focalización resulta pertinente puntualizar que la versión de la familia Cárdenas es reconstruida a partir de la memoria de las mujeres que han sido madres, hermanas y testigos de la guerra; mientras que la versión

1 “La maldición de una estirpe”, en: revista *Semana*. Bogotá, No. 94 (Febrero 21-27 de 1984), 27-32. Este reportaje reseña el final de los varones de la primera generación del clan Cárdenas, en el marco de una guerra guajira con el clan Valdeblánquez, financiada por el negocio del contrabando y el tráfico de drogas ilícitas.

2 Ver: “Oligarquía y mafia: una llave indisoluble”, en: *Alternativa*. Bogotá. No. 175, ago. 1978.

Valdeblánquez es construida a partir de la visión masculina, los hombres sobrevivientes, quienes en ese entonces estaban dedicados al cuidado del imperio hecho sobre las ruinas de la guerra y la bonanza marimbera.

Al poner en diálogo las historias y percepciones que registraron la revista *Alternativa* (1978), y la revista *Semana*³ y la historia que cuenta la novela, logramos identificar correspondencias interesantes que nos revelan algunos de los elementos retomados por la autora. Primero, el perfil de los clanes y sus protagonistas, de manera que logramos reconocer a Antonio Cárdenas en Nando Barragán y a Enrique Coronado en el Mani Monsalve, así como sus proceder en la guerra, en la vida pública y en los negocios. Veamos algunos apartes de los reportajes publicados en las ediciones de la revista *Semana* de febrero y abril de 1984 y 1989, respectivamente:

[...] las dos familias, descendientes de un mismo tronco, vivían en casas contiguas al pie de la Sierra Nevada, y se dedicaban conjuntamente al comercio con las tribus indígenas. Allí cultivaban maíz y plátano, como todos los campesinos pobres del lugar. [...] Los niños de una casa eran tratados como hijos en la otra, todos se criaron juntos y algunos se casaron entre sí. Las dos familias eran conservadoras, así que ni siquiera había diferencias políticas que las distanciaran. La relación era tan estrecha, que el día en que José Antonio Cárdenas mató a su primo y amigo Hilario Valdeblánquez, el victimario llevaba puesta ropa que la víctima le había prestado unas horas antes. Compañeros de parranda y aventuras, los dos compartían los amores de Rebeca Brito, una mujer casada que atendía la cantina del pueblo. El 16 de agosto de 1970 se emborracharon juntos, y José Antonio, en un arranque de celos, mató de un balazo a Hilario (*Semana*, 89).

Otros apartes:

[Iván Gómez Ducatd] Vivía rodeado de los cuidados y la obediencia de su madre, sus tías y sus hermanas, y se había convertido, de hecho, en la cabeza del clan.

[...] Ya había sufrido un atentado antes, y mantenía dos guardaespaldas a su lado. Quería a toda costa ser un hombre culto, pero nunca pudo asistir a la universidad por temor a que lo mataran. Su aire solitario, su

3 Luego del reportaje de 1984, la revista *Semana* en su edición No. 363 de abril de 1989, publica un nuevo reportaje sobre ambas familias bajo el título de *Fin de una estirpe*. (No se conoce el autor). En esta oportunidad se reseña el asesinato de niño Hugo Nelson Cárdenas, hijo de Antonio Cárdenas a manos de sicarios. De esta manera se señala el fin de la segunda generación de varones del clan Cárdenas.

tono autoritario – más de niño mimado que de matón – y la tenebrosa historia que lo envolvía, lo hacían misterioso y atractivo.

[...] Una extraña mezcla de razas lo hacían sorprendentemente buenmozo. Tenía la piel oscura y los ojos verdes, y pasaba largos ratos frente al espejo, peinándose minuciosamente. Se preciaba de su elegancia y andaba de traje y corbata a pesar del calor, con zapatos de varios centímetros de plataforma que acentuaban su buena estatura. [...] Por razones de seguridad nunca tuvo amigos íntimos, pero si varias novias, una de ellas embarazada, que lo visitaban en su casa. (*Semana*, 84).

[...]

La abuela del niño afirma que la guerra no comenzó por una escena de celos, como se ha dicho. “José Antonio Cárdenas no mató a su primo Hilario Valdeblánquez por los amores de Rebeca Brito, sino porque Hilario no lo acompañó a matar a un comandante de policía de Dibuya” (*Semana*, 89).

De igual manera, identificamos algunos aspectos originales de las anécdotas, claras referencias espaciales y, por supuesto, el marco etnocultural de la guerra en la llamada ley guajira. Segundo, y no menos importante, el contexto histórico de las economías marginales. De manifiesto podemos distinguir claramente temas como el sicariato, la *ventanilla siniestra*, la corrupción de las instituciones, el *performance* del emergente, los mecanismos de legitimación e inserción a la vida pública y política por parte del narcotraficante y, por último, el tráfico de drogas en el interregno de la bonanza marimbera de la década de 1970 al boom de la cocaína en la década de 1980.

En este ejercicio de intertextos, también se hacen visibles algunas de las intenciones de la autora en al menos dos claras intervenciones: uno, el cambio en el fatal destino de ambas familias, dejando vivos a los miembros masculinos más jóvenes de ambos clanes; dos, al hacer un mayor énfasis en el aspecto etnocultural sobre la disputa y el funcionamiento interno de los clanes guajiros, desde donde, creemos, concibe la metáfora de la violencia. Como resultado de la reflexión sobre los hechos histórico, y en esa incesante búsqueda de la verdad, Laura Restrepo como apuesta estética escoge el mito, y en especial una imagen arquetípica, para enunciar una realidad cultural: el ciclo reiterativo de la venganza. En la novela, la actualización del mito de Caín y Abel se realiza dentro del marco de la cosmovisión wayuu, por medio de los personajes Nando Barragán y Adriano Monsalve.

III

*No puedes matar a ningún Wayuu porque será vengado y pagará toda tu familia,
no derrames sangre porque en ella está la vida, por eso,
cuando la derrames cóbrala.*

*No cojas lo ajeno. No es tuyo, si lo haces tendrán que pagar tres veces
más el daño hecho.*

*Esas son las órdenes de Maleiwa y nosotros la respetaremos y la cumplimos,
todos lo han hecho, nuestros antepasados y nosotros ahora.*

Mito de la creación Wayuu

El mito de la violencia, en la novela, se instala en la cotidianidad de ambas familias como un dogma que se actualiza permanentemente en cada aniversario, mediante un ritual de venganza y muerte que se padece como una tara hereditaria. Este ritual al que hacemos referencia es la disputa o guerra entre clanes, y sucede cuando son quebrantadas las normas mínimas de convivencia en el desierto. El asesinato se constituye en una falta grave y tanto la sangre como la carne de la víctima se pagan, ya sea con bienes, si se llega a un acuerdo, o con la vida si ocurre lo contrario. Este mecanismo de control social, que en últimas busca restablecer el equilibrio de la comunidad, se encuentra rodeado por otros elementos importantes que colaboran con su legitimidad. En un primer lugar está el palabrero o intermediario, quien busca mediar entre las partes por una justa paga, una justa restitución y sobretodo por la solución pacífica. Al no lograrse un acuerdo, la guerra se encuentra enriquecida por otros aspectos, a saber: el sentido de territorio ligado al de identidad; la presencia de lo mágico o sobrenatural y el papel de la mujer y, por último, el mitema de la sangre y de la carne. Cada uno de estos elementos, contribuye a la lectura que la novela nos propone sobre la violencia y el narcotráfico. Comencemos por este último aspecto, pues es a partir de esta unidad de sentido, el mitema, desde donde se configura el sentido de la obra: el arquetipo de los hermanos antagónicos, Caín y Abel, en los personajes Nando Barragán y Adriano Monsalve.

El movimiento perpetuo de la violencia

Al principio de los tiempos se asentaron juntas en la mitad de un paisaje baldío, de sedimentaciones terciarias y vientos prehistóricos, de montañas de sal y de cal y emanaciones de gas, donde la vida era magra y

caña con cuenta gotas. Le robaban el agua a las piedras, la leche a las cabras, las cabras a las garras del tigre. Los dos ranchos estaban uno al lado del otro y alrededor no había sino arenas y desolaciones. Como las dos familias eran conservadoras no tenían altercados por política (Leopardo, 22).

El principio edénico anuncia un inevitable y abrupto rompimiento de las leyes primordiales, cuando la nueva generación de los Barragán y Monsalve se atreve a desafiarlas: Nando convence a Adriano a convertirse en contrabandista. Un sino trágico se sugiere desde la voz del narrador —*la trocha torcida de la nueva generación...*—, el cual advierte la incursión de una nueva realidad implacable.

El nuevo ambiente del contrabando, los excesos y las jóvenes e inatajables ínfulas de poder se convierten en el inflamable perfecto para romper los límites y la ley. Es así como la novela propone una lectura moral acerca de las prácticas ilícitas y su relación con la generación de injusticia y, por consiguiente, de violencia. Sin embargo, hay otros móviles que justifican los desbordamientos en las conductas dentro de las comunidades del desierto, y, en consecuencia, legitiman la disputa como un mecanismo que sostiene el movimiento social propio de toda cultura: la búsqueda de reconocimiento, de estatus y prestigio, es decir, ascender socialmente, pues mientras más se tiene más valor y respeto se adquiere. De esta manera, la novela presenta un problema macro que explora a un nivel microcósmico: el rompimiento de las tradiciones a partir de la inserción de nuevas economías, y asimismo de otros valores que entran a relativizar las relaciones y a establecer una nueva lógica que desconoce los estatutos heredados e impuestos por una realidad más antigua, e incluso mítica, pues este nuevo orden lo hace y lo impone el hombre y sus ambiciones.

El asesinato de Adriano Monsalve a manos de su primo hermano Nando, por culpa de la calentura y celos por una mujer —un segundo mitema en el que la mujer es la tentadora u objeto de la discordia, es decir, provocadora de desastres—, marca el fin del paraíso e impone una realidad cíclica y reiterativa en la cual la muerte y la venganza se instalan como únicas verdades absolutas: “El tiempo de los demás hombres se suspende para Nando, quien comprende que ha entrado, sin posible vuelta atrás, a los dominios insondables de la fatalidad” (Leopardo, 28).

Como consecuencia se suscita el éxodo del paraíso que marca el desarraigo dictaminado por el Tío, y el movimiento perpetuo de la venganza

bajo leyes que la traducen hacia una forma ritual incuestionable y cíclica, basada en el honor y la legitimidad de la retaliación, como única manera de restituir la pérdida de la carne y la sangre del hermano.

Has derramado sangre de tu sangre. Es el más grave de los pecados mortales. Has desatado la guerra entre hermanos y esa guerra la heredarán tus hijos, y los hijos de tus hijos.

Es demasiado cruel —protesta Nando—. Yo quiero lavar mi culpa por las buenas.

Entre nosotros la sangre se paga con sangre. Los Monsalve vengarán a su muerto, tú pagarás con tu vida, tus hermanos los Barraganes harán lo propio y la cadena no parará hasta el fin de los tiempos [...] (Restrepo, 31).

La expulsión del edén por culpa del rompimiento de una ley —tercer mitema— marca el comienzo de una nueva era de transición de la tradición a la modernidad, representada en la historia por Nando y Mani, a partir de la incursión en el tráfico de marihuana y el anuncio del boom de la cocaína. Sin embargo, el narrador principal diferencia dos posiciones antagónicas alrededor del negocio del narcotráfico que bien vale la pena destacar: la familia Barragán se dedica a ‘vivir’ para la guerra y la familia Monsalve se dedica a vivir para el negocio. En esa medida, el narcotráfico representa necesidades y actitudes diferentes, estableciéndose un antagonismo paradigmático entre Mani Monsalve y Nando Barragán:

Ellos eran distintos. Nando era un hombre de principios; Mani era un hombre de realidades. Nando era un soñador empedernido; Mani era un pragmático con un solo sueño, Alina Jericó. Nando era un hijo del desierto; Mani había salido de allá demasiado joven, antes que la arena de los médanos se le colara por la nariz y se le depositara en el cerebro (*Leopardo*, 173).

Salir del desierto significa la pérdida de una tradición y, por consiguiente, de una identidad. Sin embargo, en Nando la continuidad en la tradición pervive a través de la figura de la madre, Severina, por ser la que a toda costa logra mantener, junto con La Muda y La Mona, la noción de territorio tradicional aún en la ciudad, así como la cohesión del clan familiar, a partir de la celebración de la muerte desde los paradigmas sagrados de la guerra y la venganza.

[...] los Barragán, andan por caminos planos. Permanecen idénticos así mismos, en lo mojado o en lo seco, igual pobres que ricos, viviendo en el mismo barrio y en la misma casa, comiendo los mismos fríjoles de cabecita negra, siempre actuando en contravía, con sus mujeres de luto, sus niños hoscos y sus fajos de dólares guardado debajo del colchón. Pase lo que pase en el resto del universo, ellos son un clan cerrado del último rincón del desierto, unos bichos raros, fieles a creencias atávicas, siempre ajenos al medio, siempre hostiles y extraños ante los ojos de los demás (*Leopardo, 77*).

Por el contrario el Mani, y en general el clan Monsalve, logra asimilar las lógicas del puerto, de lo urbano y de lo moderno, dejando fácilmente las tradiciones. Ello probablemente se deba a que no existe la figura de la madre y, por el contrario, la única mujer visible, Alina, reafirma en el Mani la necesidad de distanciarse para finalmente despreciar la realidad de la guerra y sus lazos familiares.

Se enamoró de ella en parte porque no se parecía en nada a las mujeres de su familia, y en parte también porque intuyó que esa beldad sería la llave para acceder a otros mundos. Pero entiende que eso no basta, que hacen falta cambios y ajustes en el estilo personal. Por eso, desde hace un par de años le da vueltas a la idea de lavar el dinero y montarle a los negocios una fachada más o menos legal, más o menos convincente, que le abra a su familia las puertas de la sociedad (*Leopardo, 76*).

Y continúa el narrador:

Mani quiere integrarse a un mundo moderno, urbano, donde la ilegalidad y la violencia fluyen por debajo como caños de aguas negras mientras en la superficie brillan los cocteles de smoking; los acuerdos de beneficio mutuo con altos mandos militares; las mujeres hermosas que gastan fortunas en ropa; bautismos oficiados por obispos; los tratos de tú a tú con políticos prominentes; las oficinas impactantes con empleados de cuello blanco y las inversiones en sociedades abiertas y cerradas.

La ficha que menos le cuadra al Mani en el rompecabezas de su transformación es la guerra con sus primos, ese hueco sin fondo y sin salida que absorbe la mayor parte de su adrenalina, de sus neuronas y de sus ganancias (*Leopardo, 77*).

De manera que sin vínculos con su pasado, este clan asimila fácilmente las nuevas directrices, móviles y lógicas del negocio del narcotráfico que

desvirtúan la ley atávica, generando un nuevo rompimiento de la tradición: la entrada de un extraño al clan, el sicario, para que lleve a cabo las venganzas y así delegar a terceros un asunto familiar que comienza a estorbar en los nuevos intereses de los cabecillas de la organización.

Frepe olfatea su triunfo y mira al Mani con falsa condescendencia. Le dice: los tiempos han cambiado, Mani. Le explica, alardeando cariño comprensivo de hermano grande: la tradición quedó atrás. Abunda en argumentos, cada vez más seguro de sí mismo: esta guerra no es la misma del principio. Advierte: o nos ponemos al día, o estamos perdidos (*Leopardo*, 80).

Es aquí donde entendemos entonces que un sentido de realidad inquestionable finalmente es trastocado por la influencia de las economías ilegales; quienes terminan por desvirtuar y vaciar de sentido a las formas tradicionales, fundamentadas en el honor y la palabra. La salida del territorio ancestral hacia la ciudad señala el primer rompimiento, luego la excentricidad, el lujo, el culto al objeto y al dinero determinan nuevos valores que justifican la vinculación del sicario, el cual termina por instaurar un nuevo ethos que impone la lógica de la arbitrariedad y el caos. Los motivos de la vieja confrontación son desbordados por la nueva realidad del narcotráfico, en la que la guerra no tiene ni reglas ni límites. Y esto se ve reflejado en los dos protagonistas: Nando permanece fiel a la tradición, y entiende el negocio de la marihuana como un medio para llevar a cabo su misión como guerrero que debe redimir el honor de su estirpe; por el contrario, el Mani asume por completo la dinámica del narcotráfico, buscando afanosamente integrarse al ambiguo y versátil mundo moderno, donde la ilegalidad y la violencia fluyen impunemente en las márgenes oscuras de la sociedad. Así, la novela muestra dos actitudes diferentes ante las economías ilegales y su impacto social y cultural en el entorno y al interior de los clanes.

La presencia de lo sobrenatural

La realidad indígena americana registra unas constantes significativas en relación con el tema de la muerte y la existencia de otras dimensiones, un más allá que permanentemente se comunica con lo terrenal porque ambos hacen parte de una misma realidad. Por ello, los vivos pueden hablar con los muertos, y los ancestros permanentemente se logran comunicar e intervenir en los asuntos de los vivos por medio del sueño. El sueño no

sólo es la puerta de acceso a la sabiduría y a la revelación, sino que logra mantener la coherencia social de un pueblo —de cualquier pueblo— que necesariamente se encuentra sostenido a partir de su pensamiento, sueño e imaginario.

En la novela, el Tío representa la permanencia de una tradición, interviniendo mediante el sueño en la conciencia de Nando, como responsable de la falta. Esta entidad sobrenatural aparece en dos oportunidades. La primera, una vez que ha asesinado a su primo hermano y necesita consultar sobre su irrefutable destino. Aquel sueño instala a Nando en una verdad que asume y vive como un apostolado hasta el final de sus días, en el que su credo es la venganza como una posibilidad de redención, sacrificio y purificación de la culpa. La segunda vez ocurre cuando Nando tiene una duda con respecto a cómo debe ser su proceder con Fernely, corroborando su fidelidad con esa verdad y, sobretodo, su identidad dentro de los esquemas de la tradición.

Por otro lado, la presencia de Roberta Caracola hace parte del imaginario religioso sincrético, en donde la adivinación se mezcla con la fe en santos católicos, acomodados a las necesidades de los que se dedican a profesiones marginales. El sicario, el traqueto, el ladrón y todo aquel que haga parte de la subcultura de la ilegalidad, crea su propia fe o “contras”, echando mano de todo aquello que de respuesta a la incertidumbre de su destino y ofrezca garantías a sus intereses, mediante la negociación de favores y protecciones compradas que le permitan alargar la sentencia de muerte anticipada.

El papel del intermediario

A pesar de ser el abogado Méndez un personaje moderno y no un palabrero tradicional, puesto que se ocupa de los asuntos económicos y los líos con la ley blanca y no de la confrontación entre ambos clanes, él actúa como un intermediario, en la medida de ser el único canal de comunicación entre las partes. La comunicación directa entre los clanes no existe, toda relación se da desde la advertencia, la amenaza y el disparo como único intercambio.

Sabe que su integridad física está defendida, en cierto modo, por las leyes ancestrales de las dos familias, que obligan a respetar la vida de los abogados de la contraparte, así como a las mujeres, los ancianos y

los niños. El abogado de tu enemigo —símbolo de su protección no frente a ti, sino frente al mundo exterior— es intocable según las leyes de la guerra interna (*Leopardo*, 169).

Una de las actuales funciones del palabrero tradicional es ser un mediador, es decir, ser más que un mensajero, adquiriendo un perfil más de conciliador para intervenir en las decisiones desde la persuasión, ya sea por su prestigio y/o habilidad oratoria. En el caso del abogado Méndez hay una intención por buscar una resolución del conflicto, instando al Mani para que liquide el pleito con los Barragán, es decir cancele la deuda para que la nueva generación, su hijo, quede eximida de esa terrible herencia.

La habilidad de este personaje radica en su conocimiento de ambos mundos, el blanco y el indígena, el moderno y el tradicional, lo que le permite salir ileso y finalmente alterar, o mejor, acelerar el aniquilamiento entre ambos clanes. La fórmula de la lealtad y el pago de los favores, sumados a su extrema prudencia, se traducen en la posibilidad de saber intervenir radicalmente en el destino de ambos clanes y cerrar, al menos aparentemente, el ciclo de las venganzas y propiciar una nueva realidad para Alina y el hijo del Mani.

Las mujeres: artífices del amor y del odio

Con respecto a las disputas, las mujeres desempeñan un papel importante en el grupo familiar, pudiendo actuar durante el conflicto como consejeras, como administradora de los bienes y de la seguridad familiar durante los enfrentamientos, y como encargadas de sus muertos.

En la novela tres son los pilares de la casa Barragán, las cuales cumplen unas funciones muy específicas con respecto a la realidad que han asumido. Severina, la matrona del clan, se constituye en la memoria del odio y la venganza, procurando la cohesión del clan a partir de un ánimo sobreprotector. Ella refuerza y legitima cada una de las conductas de los machos del clan, sobretodo las de Nando, su “cachorro”, en tanto se encuentren dentro de los parámetros fijados por la tradición que ella encarna. Por consiguiente, ella es la ley y su accionar mantiene el orden, el equilibrio en el interior de ese microcosmos, garantizando con su celo la permanencia de esa universalidad.

Por su parte, la Mona asume la responsabilidad de la defensa de la “fortaleza” familiar durante el tiempo de la zeta, en el que todos los varones

salen de la casa. Ella ha asimilado las conductas de sus hermanos, adoptando una actitud y figura recia, así como los caprichosos lujos del poder: tiene los dientes y los colmillos enchapados en oro blanco. Sin embargo, la dura realidad de la violencia desata en ellas dos pasiones: las armas, en una asombrosa adaptación a las circunstancias, logrando superar en varias tareas a los varones; y las telenovelas, instalándose en una realidad virtual que le permite evadir la cotidianidad de la guerra y contemplar un mundo ideal y perfecto en donde la fórmula del amor logra burlar, mágicamente y en pocos capítulos, las taras y los designios de la fatalidad.

Así como la Mona por afinidad idolatra a su oscuro hermano El Raca, La Muda se dedica vehementemente a su sobrino Arcángel, el más frágil y valioso elemento del clan Barragán. Muda por decisión propia, se encarga de lo invisible, de las cosas mínimas e imprescindibles, logrando mantener el engranaje de la cotidianidad, haciendo que todo funcione, que el tiempo transcurra sin contratiempos.

Mientras afuera, en la ciudad, los hombres se dedican a matar, corromper, atropellar y hacer fortuna, adentro las mujeres sobreviven y mantienen los cimientos de la realidad de la guerra desde diferentes lugares: Severina desde lo moral y lo simbólico; La Mona desde lo operativo y la Muda desde lo administrativo. Mientras la muerte sucede afuera, la vida transcurre adentro, se protege y se fortalece para un futuro que ya se sabe inexistente de antemano. Sin embargo, así como tienen la capacidad de mantener la realidad de la guerra ellas tienen la capacidad de transformarla. En esa medida, la Muda representa esa posibilidad, al no actuar desde los presupuestos del odio y el resentimiento. Por el contrario, su lógica de vida, la conciencia del presente y su capacidad de leer los sueños, las intenciones y los acontecimientos antes de que sucedan, le permiten transformar el destino de su sobrino y, por consiguiente, romper con la herencia de la venganza, creando un nuevo tiempo y una nueva realidad a partir del perdón y el olvido.

IV

La novela *Leopardo al Sol* propone una lectura sociocultural acerca del impacto de las economías ilegales en la sociedad mediante la fábula de la guerra a muerte entre los clanes Barragán y Monsalve. Asistimos al drama del desarraigo y la pérdida de la identidad, debido a la asimilación

de dinámicas económicas viciadas que modificaron las conductas y la idiosincrasia del pueblo guajiro, convirtiéndole en paria una vez que el dinero del contrabando y el narcotráfico le impone una realidad que le es ajena.

La cosmovisión wayuu, a la cual se encuentran inscritos ambos clanes, orienta las relaciones a partir de sus leyes y códigos, y por supuesto permea las actividades ilícitas, dándole de alguna manera legitimidad, estableciendo así una subcultura. La novela actualiza esa realidad del mito cosmogónico mediante la figura del Tío, que recuerda y establece la verdad de la venganza, como único mecanismo de restitución del orden que ha sido quebrantado por un acto irracional y abominable.

Aunque exista en la ley wayuu el camino de la conciliación por medio de la palabra, la escritora privilegia el mitema de la guerra fratricida para la construcción del ideograma violencia, y así establecer una metáfora de la misma como una lectura del fenómeno en Colombia: *la cadena de las venganzas contrapuestas, amparadas por la ley del silencio*, en la que la violencia se acepta como una realidad inamovible, como un dogma, como un epidemia que nos convierte en víctimas y su vez en victimarios, en transmisores del virus mortal. Esa convivencia con la violencia crea una atmósfera de irrealidad expresada por las voces de la colectividad, las cuales hablan desde una percepción que finalmente crea una leyenda. Este relato colectivo permite que se tome distancia para ver reflejado allí nuestra tragedia, pues la tara de la violencia parece definirnos y permanentemente lo legitimamos como una tradición, como parte de nuestro folclor, pero sobre todo como una entidad que está por encima de nosotros y sobre la cual no podemos hacer nada, sólo aceptarlo como una verdad irrefutable. Sobre esta idea comenta Pécaut:

La única representación colectiva es mítica. Es la de una violencia original que no deja de repetirse. De esta manera, ella continúa prisionera de un horizonte religioso, el de la caída y el pecado. Los hechos de violencia bien pueden ser humanos, ellos no son percibidos como diferentes de las catástrofes naturales, inundaciones, enfermedades y otras "maldiciones de Dios", que dependen del "curso de las cosas". G. García Márquez lo ha comprendido bien: el mito es el único lenguaje de la violencia. (138)

A pesar de que la anécdota se enmarca en una realidad étnica particular, sin duda se trata de una reflexión ante lo que sucedió en una sociedad tradicional como la colombiana una vez que el dinero rompió con las viejas formas, con los códigos morales que constituyeron, mal que bien, una identidad.

Bibliografía

Curvelo Guerra, Weidler. *La disputa y la palabra. La ley en la sociedad wayuu.*

Bogotá: Ministerio de Cultura, Antropología, 2002.

Garagalza, Luis. *La interpretación de los símbolos.* Barcelona: Anthropos, 1990.

Pécaut, Daniel. *Guerra Contra La Sociedad.* Bogotá: Planeta, 2001.

Restrepo, Laura y Fernando Álvarez. "La Maldición De Una Estirpe", en: *Semana.* Bogotá, No. 94, Febrero 21-27, 1984, 27-32.

Restrepo, Laura (1993). *Leopardo al Sol.* Bogotá: Norma, 1997.

(Sin autor). "Oligarquía y Mafia: Una Llave Indisoluble", en: *Alternativa.* Bogotá: No. 175, ago. 1978.